

Carta a Abel Farina

Tomás Carrasquilla

Argelia de María, julio de 1906.

Sr. Abel Farina.

Farina amigo:

Al fin recibí las letras y los versos que me diriges. Aunque me llamas maestro, no tengo la presunción de retornarte el título, diciéndote discípulo. Me habían informado que te mostrabas muy agrio y destemplado conmigo. No tal. Tu réplica no puede ser más noble, más franca ni más a tu altura. Tendré de agradecerla. Ella me honra demasiado; y, si yo necesitase de más vanidades, no sería poco lo que en esta vez habría de agregar al montón. Por mucho que te desconsueles, habré de ser sincero: tus seguidillas me parecen hermosas. Por su espíritu y su corte, me han confirmado en dos ideas: en la aristocracia de tu temperamento y en la plebeyez del mío.

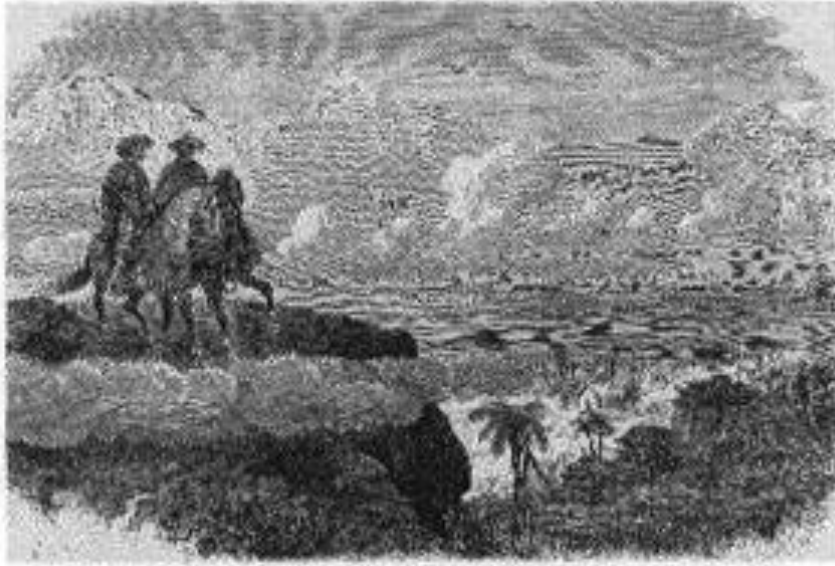
Dices que en mi escrito me encuentras falseado. ¡Ojalá! Tan pésima es mi calidad, que habría de ganar de todos modos, con las falsificaciones. Dices, también, que me

encuentro contradicho. No lo dudo, amigo mío. Si en este enredo que llaman almas no hubiese contradicciones y antinomias, se me figura que la vida habría de ser bastante peor de lo que es. En este columpiarse de las almas, de aquí para allá; en este invertirse de posturas y lugares; de hallar puntos distintos de vista y nuevas condiciones de observación, debe consistir, Farina amigo, el palpitar febricitante de todas las existencias. El cristal es muy límpido y hermoso; pero es la imagen de la muerte.

No creas que no fui sincero en mi prédica: todavía me creo algo de lo que en ella dije. Cuando uno sube al púlpito y da en sentar doctrinas, es como si se pusiese una “perra” de sentido común, que es lo que más emborracha. Y la sinceridad en las borracheras es proverbial. Ya que tuve esta ocurrencia, hice bien en aprovecharla, para darme tono e ínfulas de espíritu sesudo y reflexivo.

Que admire a Verlaine es muy natural. ¿Cómo podría no admirarlo? Y no sólo a este ajeno sublime, medroso y ofuscador, sino también a otros varios decadentes,

que me parecen estudiadas o imitadas. El contrabando y las falsificaciones me gustan mucho en la realidad; pero en el arte no. Por ley de contraposición, los que amamos las



Dibujo de A. de NEUVILLE. "Valle de Medellín", 1872. Publicado en *Le Tour du Monde*. París.

franceses o no. Dibujo de A. de Neuville. "Valle de Medellín, 1872" en: Poesía de la naturaleza. Medellín, Suramericana de Seguros, 1997, p.10

Creo que eso lo dije algo claro. Dije que el decadentismo, aun en la misma tierra donde surgió al mundo del arte, ha sido considerado por algunos críticos y pensadores como una manifestación excéntrica y morbosa de temperamentos desequilibrados natos, o por abusos de facultades y sentidos. Pero mal podría negarle a un reflejo natural y espontáneo de ciertos espíritus franceses su razón de ser y de existir. Tan estúpido así no es tu "párroco sofisticado". Todo lo espontáneo es muy de mi gusto, en el arte como en cualquier cosa, y creo que lo propio le acontece a cada prójimo. Por lo mismo, no pueden agradarme demasiado las manifestaciones

falsificaciones en la vida, amamos la sinceridad en las ficciones; realista en arte, artístico en realidad. En la vida se sueña y en el arte se despierta. Míra cómo soy más poeta que tú. Pero al revés.

Y como yo encuentro alguna diferencia entre el alma de los franceses y la de los colombianos, y entre el carácter y estado de cultura de ambas naciones, me he figurado, acaso por prejuicios, que el decadentismo de nuestra tierra tiene, en lo general, mucho de artificioso y de procurado. Y como por otra parte, esta manifestación artística es de suyo un tanto rara y extraña en todo tiempo y lugar, no es lógico suponer que todos los

poetas resulten raros repentinamente. Y, dado que resultasen, ya no serían en tal caso raros, ni mucho menos: serían comunes y ordinarios. Mas, como la tal alma humana es un misterio y un rebujón, bien puede la lógica más estricta marrar en este campo.

Acaso la tal arte literaria no tenga la verdad y la seriedad que a mí se me figura; acaso esté en razón el vulgo al creer, como cree, que ella es un juego, un pasatiempo, una pura ficción. Lo cierto es que arte puede ser cualquier bobada, y que el corazón, de quien ella es eco y trasunto, será siempre lo más absurdo y disparatado. Por eso es tan querido y tan noble.

Bien haces en llamarme cura sofisticado. Como a ti, se me figura que mis razonamientos son una mentira muy gorda que me estoy metiendo yo mismo; un antojo de probarme y de probar que no siempre soy tan descabellado y falto de juicio.

Tu noticia sobre la difuntes de mi regionalismo es una crueldad tuya, amigo mío. Ya ni aun hiede: tanto tiempo ha que murió. Ni yo mismo trataré de desenterrarlo. Uno tiene el derecho y debe tener el valor de avergonzarse de los suyos, muertos o vivos. Uno tiene la obligación de conservarse y buscar, por lo mismo, el sol que más calienta. Tu párroco, tan viejo y tan chiflado por la región, y que no quiere quedarse el último de la caravana, todo perdido en el

desierto y con el monolito a cuestras, cualquier día se consuela sacando por ahí, a falta del patrio, muerto, cualquiera otro de los regionalismos extranjeros y remotos que ahora privan; un regionalismo egipciaco, por ejemplo: hileras de camellos fatigados, hileras de esfinges silenciosas, remolinos de ibis en bandadas, el Nilo que se desborda, los cocodrilos que asoman, los cocodrilos que se hunden, el loto expansible que flota sobre la onda pavorosa, las moles faraónicas, allá en el confín desvanecido del desierto, el templo... Isis... la sombra de Cleopatra...

¿No será todo esto lo que llaman color local? ¿No será tan regionalismo como cualquiera? Y todo eso es muy hermoso realmente.

Me gusta que reconozcas mi elogio. Valga o no valga, sea el voto del necio o del discreto, no es él ese ditirambón incondicional, chocante para quien lo recibe, toda vez que es hijo de la parcialidad. Tú, mi buen amigo Farina, no estás en el caso de que te apliquen indulgencias, ni de que gasten contigo alabanzas de compañerismo: resistes todo el furor de las justicias, que no tienen entrañas.

No hay, pues, por qué agradecer mi voto tan redondo. El ocultismo que te tacho, tal vez sea tu gran cualidad; pues, lo que de un lado es ocaso, es aurora del opuesto. Sigue cantando cual te plazca; que, como reza un

refrán de mis montañeses, “el chillido es libre y el gusto más”.

El mérito es como La Iguaná crecida. Tú le tienes. Ninguno, más que yo, te lo reconoce. Deja, pues, Abel Farina, que zumben las moscas, que ladren los perros, que prediquen los curas... ¡y arriba con la creciente!

Tu párroco y amigo muy adicto,
Tomás Carrasquilla.

Tomás Carrasquilla (Santodomingo-Antioquia, 1858 – Medellín-Antioquia, 1940). Carta extractada de las Obras completas (Medellín, Editorial Bedout, 1958, pp. 761-762). El interlocutor de la carta es el poeta y periodista Abel Farina (seudónimo de Antonio María Restrepo Restrepo), uno de los fundadores, junto con Carrasquilla y otros escritores e intelectuales contemporáneos, del Casino Literario; Farina, nacido en Aguadas (Caldas, Antioquia) en 1875, publicó varios libros de poesía (el más conocido se titula Páginas locas). Murió en Medellín en 1921.